

"Por un nuevo enfoque de la cuestión de la mujer en la eclesiología"

Anne-Marie Pelletier

Miembro de la Pontificia Academia para la Vida y miembro de la Comisión para el Diaconado

Femenino

Querida María-Lía, queridas todas provenientes de los cuatro rincones del mundo,

Quisiera comenzar agradeciéndoos calurosamente que me hayáis asociado a vuestro encuentro de Asís. Gracias sobre todo por haberme permitido experimentar, a través del dinamismo de las cristianas que sois, la Iglesia viva y ardiente, la Iglesia tan activamente comprometida en la misión que Cristo le confía, en medio de un mundo a menudo cruelmente sufriente.

Quisiera añadir que voy a hablar como mujer cristiana, como teóloga católica, ... que acaba de llegar de París. Esto significa que lo que voy a decir reflejará la sensibilidad de la Iglesia en Europa, a la que pertenezco, con sus preocupaciones, sus problemas, sus expectativas, que no son necesariamente las preocupaciones y expectativas de todos en los numerosos países que ustedes representan. Pero creo firmemente en la virtud del encuentro de las diferencias, basado en nuestra pasión compartida por el Evangelio y nuestro deseo común de ver a las mujeres alcanzar una vida mejor, para su propia felicidad y para la salud y el futuro de sus sociedades.

Apertura

Mis comentarios partirán de la constatación de una paradoja.

Me explicaré. Como todas sabemos y hemos sido testigos, la relación de la Iglesia católica con las mujeres se ha transformado en el último medio siglo. La condición de la mujer y su promoción se han convertido en una preocupación constante del magisterio. Incluso antes del Concilio, el Papa Juan XXIII habló del acceso de la mujer a la vida pública como un "*signo de los tiempos*". Después, el Papa Pablo VI rindió un vibrante homenaje a las mujeres en uno de sus discursos de clausura del Concilio, en diciembre de 1965. Después, por supuesto, vino el Papa Juan Pablo II con *Mulieris dignitatem* en 1988 e innumerables discursos en los que honró a las mujeres, en particular destacando su papel en la promoción de la paz en el mundo. Luego vino Benedicto XVI, seguido del Papa Francisco, que se ha preocupado por las cuestiones de la mujer desde el principio de su pontificado. Todo esto es el lado

feliz de la historia que estamos viviendo. Y, sin embargo, también sabemos que, a pesar de todo, la condición de la mujer en la Iglesia sigue siendo un problema. Así lo atestiguan las reacciones sinodales preparatorias del próximo Sínodo, expresadas en las diversas comunidades de todo el mundo. Tenemos que estar de acuerdo en que la experiencia común de las mujeres es la de una falta de reconocimiento, a veces la experiencia de la humillación, incluso de la violencia, en cualquier caso la de ser sistemáticamente mantenidas a distancia de los órganos de decisión.

¿Cómo entender esta paradoja? ¿Y cómo podemos avanzar realmente? Partiendo de estas preguntas, me gustaría ofrecer unas breves reflexiones, empezando por detenerme en el tema de lo "específicamente femenino", un argumento muy presente hoy en el discurso del magisterio. A continuación, nos detendremos en *la novedad del cristianismo, tal y como la proclama San Pablo*. Esta novedad que, precisamente, atañe de manera particular a la relación entre el hombre y la mujer. Y esta novedad sigue siendo demasiado a menudo ignorada en nuestras comunidades¹.

1. Sobre la referencia a “lo específico” femenino

Es un hecho que las declaraciones magisteriales sobre la mujer se refieren insistentemente a la especificidad de la identidad femenina. A ello se añade la advertencia no menos recurrente: esta especificidad de lo femenino correría peligro si las mujeres accedieran a funciones hasta ahora reservadas a los hombres; las mujeres correrían el riesgo de masculinizarse, de traicionar su naturaleza. Señalemos de paso que esta singularidad femenina no tiene contrapartida: quiero decir que, simétricamente, no se cuestiona lo que podría ser la especificidad de lo masculino. De hecho, existe una convicción ampliamente compartida según la cual lo masculino tiene el privilegio no sólo de expresar la experiencia de los hombres, sino de expresar la condición humana en su totalidad. Al hablar de sí mismos, los hombres estarían hablando de todos los seres humanos. En estas condiciones, ¿es comprensible qué se suponga que las mujeres no tengan la necesidad de expresarse con voz propia!

En esta lógica nuevamente, lo femenino, percibido como una versión particular y más limitada de la condición humana, está asociado al registro de la sensación, de la sensibilidad, de la emoción, por tanto marcado por una cierta fragilidad psicológica. Esto en contraste con el hombre, a quién corresponderían el dominio, el discernimiento racional, lo que le convierte en detentor natural y legítimo de la autoridad. Y por si fuera poco, la mujer estaría expuesta de manera más inmediata a la tentación y por tanto, también peligrosa para el hombre, como parece confirmar la figura de Eva, tal como una tradición misógina la interpreta. Hay que admitir que este estereotipo de la mujer peligrosa

es fuente de temores, que las sociedades contrarrestan mediante unas normas estrictas y un control masculino de las mujeres, especialmente ejercido sobre sus cuerpos.

La razón por la que os recuerdo estas cosas que conocemos tan bien es que constituyen, aún hoy, entre nosotros, una especie de inconsciente, que podría explicar gran parte de la resistencia a la necesidad de reforma en la Iglesia. Este inconsciente explica, en particular, los retrasos y las objeciones que deploramos en la manera de abordar la "cuestión femenina" en una institución eclesial que sigue expuesta a los peligros de la misoginia. Y esto en un momento en que el relato evangélico debería inspirarnos y darnos energía para trabajar por la emancipación de la mujer, recordándonos el modo en que Jesús se comportó con las mujeres que se cruzaron en su camino. ¿Recordamos suficientemente cómo las honora, cómo se acerca a ellas en sus mayores humillaciones, cómo las pone como ejemplo a sus discípulos (recordemos, por ejemplo, a la viuda del templo mencionada al comienzo del relato de la Pasión, a María de Betania, a la pecadora que se arrojó a sus pies en casa del fariseo...), cómo les confía el primer anuncio de la resurrección, o incluso cómo se libera del tabú de su supuesta impureza. En estas circunstancias, la persistencia de los reflejos misóginos y las desigualdades que de ellos se derivan deberían ser para nosotras una provocación a acoger un poco más el mensaje evangélico.

De hecho, me inclino a pensar que cierta manera de exaltar el "genio femenino", de adornar a las mujeres con una excelencia que a veces se convierte incluso en superioridad sobre los hombres, todo ello pone al descubierto una sutil trampa. "*Las mujeres tienen otra cosa, y tanto más*", oímos decir de buen grado². ¿No será que este discurso a priori adulador contribuye a mantener a las mujeres alejadas de los roles y cargos masculinos, que en la Iglesia concentran el ejercicio de la autoridad y especialmente el servicio sagrado de la liturgia? Creo que hoy debemos atrevernos a plantear esta sospecha. No para ceder a la malicia, sino para avanzar en la verdad de una Iglesia más fiel al Evangelio de Cristo.

2. Reintegración de las mujeres en la Iglesia-Cuerpo de Cristo

Una Iglesia más fiel al Evangelio, ¿no sería una Iglesia inclusiva, que reúne a los que han re-nacido en el bautismo, a aquellos y aquellas que, en la comunión de Cristo, son introducidos en la vida filial, la Iglesia que redescubre su identidad como Cuerpo de Cristo, tal como San Pablo nos enseña a conocerlo? Escuchemos de nuevo la Primera Carta a *los Corintios* (1 Co 12,12-30), o la Carta a *los Efesios* (Ef 4,1-16), donde todos están "juntos", en una identidad común, puesto que hay "un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios Padre de todos, que está sobre todos y por todos y en todos" (Ef

4,5). Es en esta Iglesia donde las cristianas deben ser reintegradas. Me parece que ésa es la prioridad más urgente.

Es en estas enseñanzas de Pablo donde encontraremos también la realidad y una sana comprensión de los carismas, donde aparece con claridad que no están "codificados por genero", como diríamos en nuestro lenguaje actual (me refiero a los saludos que el apóstol formula al final de la carta a *los Romanos*, y que incluyen la mención de tantas mujeres como hombres). Carismas que, además, se otorgan a personas concretas constituidas como apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros, no para su beneficio o gloria personal, sino para el bien de *toda la* comunidad, al servicio de la vida y el crecimiento de *todo el cuerpo*.

Por último, esta Iglesia es la que evoca la carta a *los Gálatas*, cuando anuncia la novedad del cristianismo proclamando que, desde ahora, en Cristo, por el bautismo, "ya no hay *judío ni griego, esclavo ni libre, ya no hay varón ni mujer*" (*Gal 3,28*). Se trata de una declaración formidable, que significa que en Cristo se superan las relaciones desiguales entre hombres y mujeres. En Cristo, todo lo que distorsiona esta relación (cf. *Génesis 3*, que menciona la violencia, la dominación y la seducción maligna que siguen a la transgresión) puede ahora superarse, de modo que la verdad original de la humanidad vuelve a ser accesible para nosotros.

Es por tanto esta Iglesia, la Iglesia apostólica, la que debemos redescubrir, y en la que debemos reintegrar a las mujeres, antes de cualquier consideración sobre la especificidad de su identidad. Esta Iglesia es la Iglesia de los discípulos de Cristo, hombres y mujeres indistintamente, engendrados a la misma vida filial por delante de cualquier distinción de función, estado de vida o sexo. Y, por tanto, en una relación primordial de fraternidad. ¡No olvidemos que el nombre de la Iglesia de los inicios era el de fraternidad (*adelphotes*)!

Este debe ser el punto de partida de nuestra eclesiología, con necesidad apremiante de una renovación. Y no necesito recordar aquí que hablar de eclesiología no es evocar simplemente un discurso erudito, forjado por especialistas en teología para especialistas. Significa hablar de verdades que implican prácticas, que tocan la vida más concreta de la Iglesia, que remiten de manera particular a la cuestión de los ministerios, tan urgente hoy, y a la manera de definirlos, reconocerlos e instituirlos en y para el cuerpo eclesial.

3. A partir de lo que es común, reconocer los diferentes estilos de seguir a Cristo

Honrar la diversidad tras reconocer lo que se comparte

Una vez establecida con claridad la realidad de lo *común*, que es el fundamento de la vida cristiana en todos los hombres y mujeres -y sólo entonces- se hace posible, e incluso muy necesario, redescubrir la realidad de la diversidad. Pero, antes de seguir adelante, repitamos que lo decisivo es ordenar lo *común* y lo *específico*, reconociendo que comenzar por invocar un específico de lo femenino es ignorar, aplastar la realidad de lo que nos une a todos en una identidad común. El respeto de este buen orden es la *condición sine qua non* tanto del reconocimiento de la dignidad bautismal de cada miembro de la Iglesia como de una correcta teología del sacerdocio ministerial. El respeto de este orden es, en definitiva, la condición para una justa concepción de la diferencia.

Porque se trata, al final, de honrar *la diversidad*, la riqueza de la creación y de la vida que tanto se valora en la tradición bíblica. Con esto me refiero a las diferentes maneras de vivir la *seuela Christi*. No la practican enteramente de la misma manera hombres y mujeres. Pues ciertamente, hay diferentes maneras de relacionarse con la vida, con la carne, con el otro y también con el tiempo. Del mismo modo, hay concretamente distintas formas de afrontar la violencia del mundo. Les recuerdo, por ejemplo, el libro de Svetlana Alexievitch, la novelista bielorrusa galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 2015, titulado *La guerra no tiene rostro de mujer*³. Muchos de ustedes, que viven en países donde la violencia del terrorismo y la guerra campan a sus anchas, podrían dar testimonio de esta verdad.

Por último, la diferencia entre los sexos se refiere a *estilos* diferentes de vivir la condición humana única, así como la condición bautismal única, sabiendo que cada sexo puede tener una facilidad particular para vivir más específicamente tal o cual aspecto de la vida compartida, de la misión confiada. Decir esto, además, no es ignorar el hecho de que la vida tal como se vive implica infinitamente más complejidad e intercambio de lo que sugeriría una visión rígida y esencializada de lo masculino y lo femenino, al asignar a uno y otra unos papeles predeterminados. En este sentido, me parece que debemos tener cuidado, por ejemplo, de no asociar demasiado exclusivamente a la mujer con el servicio a los demás, con el *care*, como decimos, de olvidar que este servicio es la verdad de toda existencia humana, y más que nunca de toda existencia cristiana, como lo muestra tan claramente el relato evangélico, que nos presenta a un hombre, Jesús, que estuvo de un extremo a otro de su vida en actitud de servicio, de vida entregada al otro. ¡Así lo atestigua- No olvidemos, en esta ciudad de Asís- la figura de Francisco, el Poverello! y hoy también, por ejemplo, la eminente figura del Doctor Mugwebe⁴.

¿Un "Dios de mujeres"?

Por último, probablemente deberíamos añadir que los hombres y las mujeres no se relacionan con Dios exactamente de la misma manera. En este sentido, deberíamos considerar que existe un "Dios de las mujeres", por utilizar la expresión de la filósofa italiana Luisa Muraro⁵. Este "Dios de las mujeres" es, en efecto, el "Dios de todos", ¡pero un "Dios de todos" al que sólo es posible acercarse adecuadamente siendo simultáneamente el Dios de los hombres y el Dios de las mujeres! Este es todo un tema de reflexión. Digamos simplemente que ciertamente habría que contrastar un masculino, espontáneamente más tendente a hablar *de* Dios (y gracias a ello ha podido desarrollarse la inmensa y rica tradición de la teología), y la mujer, más propensa a hablar *con* Dios, y por tanto a conocer a Dios a través de la experiencia del encuentro con el otro, que es también la prueba de este encuentro y, concretamente en el caso presente, la "prueba de la noche". En este sentido, es más fácil para la mujer reconocer que la noche es tan necesaria como la luz del día para el conocimiento de Dios.

En última instancia, el desafío consiste en reconocer que el rostro de Dios debe ser cuestionado, la Revelación escrutada y el Evangelio proclamado de una *manera polifónica* que entreteja las palabras de hombres y mujeres.

Para concluir provisionalmente...

... Propongo, pues, que ya no digamos que "*las mujeres tienen otra cosa, y mucho más*", sino que "*las mujeres tienen lo mismo, de otra manera*". En otras palabras, una manera de honrar la precedencia de lo que es *común* que todos y todas compartimos y, al mismo tiempo, una nueva forma de considerar la relación entre los sexos en la Iglesia.

Sobre esta base deberíamos ser capaces de abordar con mayor libertad y creatividad, me parece, varios problemas candentes hoy en la Iglesia de Europa a la que pertenezco. Por ejemplo, el *diaconado femenino*, previsto como un ministerio compartido de forma idéntica con los hombres a través de la misma institución, y ejercido simultáneamente por mujeres a su manera. Quisiera añadir que, en este punto, la Iglesia en Europa ha sido precedida por las mujeres de Amazonia, a las que debemos que la cuestión se haya reactivado a favor del Sínodo sobre la Amazonia. Otra cuestión es la del *servicio de la Palabra*, incluso en la práctica de la homilía. Soy testigo directo de que esta diaconía de la Palabra se abre camino en las comunidades de Francia, pero también en Suiza, y probablemente mucho más allá. Es urgente que reconozcamos la posibilidad de delegar esta diaconía. ¡No sería una revolución! No

olvidemos que hasta la Edad Media, la Iglesia disponía de un *munus praedicandi*, un oficio de predicación que podía ser conferido por el obispo a otra persona que no fuera un sacerdote⁶. Tampoco hay que olvidar la voz de Catalina de Siena. Y todo ello a mayor beneficio de la comprensión de la Palabra de Dios, porque los tesoros de las Escrituras no son identificados exactamente igual por los unos que por las otras. Esto significa que el anuncio de la fe puede crecer también por boca de las mujeres asociadas a los hombres.

A decir verdad, la Iglesia puede y debe llegar a ser polifónica en todos los sentidos, haciéndose auténticamente inclusiva. Evidentemente, esta realidad no es ajena a la sinodalidad promovida por el Papa Francisco. La intervención de ayer de la hermana Nathalie Becquart nos hizo tomar conciencia de que existe una implicación mutua entre la sinodalidad, el "caminar juntos" y la promoción de la mujer en la Iglesia. Pero, como sabemos, esta sinodalidad, que comenzó bajo el impulso del Papa Francisco, necesita ahora desplegarse realmente. Debemos ser conscientes de que sigue siendo en parte programática.

Ojalá podamos trabajar para hacerlo realidad en la libertad del Espíritu, por el honor de las mujeres, por la credibilidad de la fe y para mayor gloria de Dios.

NOTAS

¹ . Mi intervención se basará en reflexiones que he desarrollado en particular en *L'Eglise, des femmes avec des hommes*, París, Cerf, 2019 y *L'Eglise et le féminin*, *Revisiter l'histoire pour servir l'Évangile*, París, Salvator, 2021.

² . Tenemos que cuestionar ese "algo más", que probablemente sea en gran medida una representación masculina de lo femenino, que no se corresponde necesariamente con lo que las mujeres experimentan en su vida privada, ni con sus aspiraciones más profundas.

³ Svetlana Alexievitch, *La guerre n'a pas un visage de femme*, 1985, traducción francesa París, 2004. En él aborda la participación de las mujeres rusas en la Segunda Guerra Mundial, basándose en sus recuerdos de esta terrible experiencia, en contraste con los recuerdos de los hombres.

⁴ . Quisiera señalar que el libro del Dr. Mugwebe, *La force des femmes*, traducido al francés por Ed. Gallimard, 2021, ha recibido una acogida muy calurosa a mi alrededor en Francia.

⁵ . Luisa Muraro, *Le Dieu des femmes*, Milán, 2003, traducción francesa, Ed. Lessius, 2006.

⁶. Véase E. Bianchi, C. U. Cortoni, F. Mandreoli, R. Saccenti, *Anche i laici possono predicare?*, Edizioni Qiqajon, Comunità di Bose, 2017; traducción francesa *Les laïcs peuvent-ils aussi prêcher?*, Éditions Lessius, 2020.